

CAPÍTULO VI

OTROS ENSAYOS NACIONALISTAS

1 AGOTAMIENTO DE LOS MÉTODOS FASCISTAS DE GOBIERNO

Es explicable que el general Barrientos haya sido convertido en ídolo y modelo de los regímenes fascizantes, desde el momento que, contando con la estrecha y directa cooperación del general Ovando, tuvo el atrevimiento de ahogar en un descomunal mar de sangre al movimiento obrero y revolucionario. La derecha en general vuelve, de tarde en tarde, la mirada hacia Barrientos, porque desearía que un gobierno fuerte esté presente en el escenario para poner a salvo sus intereses. Todo esto a pesar, o acaso por esto mismo, de que el general gustó ostentar el rótulo de Presidente Constitucional, habiendo para este efecto convocado a las elecciones de 1966. Sus fechorías fueron seguidas con entusiasmo por un parlamento imbécil y debidamente domesticado. Se trata, como se ve, de otra faceta más de la "democracia" criolla.

Resulta más difícil comprender que un intelectual y escritor como Fernando Diez de Medina, que a sí mismo se considera una criatura excepcionalmente genial, deje constancia escrita de su admiración del ilimitado "talento de stadista" del general Barrientos y lo coloque a la altura de Bolívar, Santa Cruz, Campero o Sócrates. Nos estamos refiriendo a "El General del Pueblo" escrito por el literato de manera deliberadamente promiscua. De las 399 páginas del volumen pulcramente editado (tenemos entendido que el apoyo oficial le ha permitido alcanzar grandes tiradas) se dedica no menos de un tercio a la reproducción de las piezas maestras (discursos, mensajes, etc) del general; y quien se ha atrevido a formar esta antología es porque considera insuperables e imperecederos esos escritos. Resulta que es el propio Diez de Medina el autor de los discursos y mensajes que leyó atrevidamente el general. Este dato y parte del diálogo que transcribimos revelan la clave del escrito:

"Presidente: Ahora dígame: ¿cree Ud. en la dictadura?" "Consejero (Diez de Medina): No, Presidente. No creo en ella, más bien la temo. Acuérdesse de Busch, el gran incomprendido. La fuerza no solucionó sus problemas. Y la fuerza de usted, mi General, radica justamente en lo contrario de la dictadura: el poder que emana de la voluntad popular, el espíritu democrático con que acata las leyes..."

En el párrafo anterior está íntegro Diez de Medina y también está revelado el sentido del libro. Más que Barrientos, el personaje es, pues, el literato oficiando de político de alto vuelo. No oculta el escritor que era la eminencia gris del gobierno Barrientos, que todo lo que hizo (se atribuya deliberadamente la genialidad de cada paso dado) fue su obra y que si el héroe escaló las cumbres de la inmortalidad fue gracias a sus sabias orientaciones y a su dirección, Barrientos es el accidente feliz y Diez de Medina el demiurgo, por eso mismo, el gobierno de aquel es presentado por el escriba, como uno de los más notables de nuestra historia. A nosotros el literato nos parece más condotiero que otra cosa, pero éste tiene la seguridad de haber realizado su destino sin paralelo y su pensamiento premonitorio a través del general que no dejó de girar por los límites de la insania mental. La impostura es tan descomunal que casi nadie se atreve a tomarla en serio.

Qué equivocados están los que quieren descubrir en "El general del pueblo" la crítica desinteresada y el sacrificio en aras de la amistad (ese es el criterio, por ejemplo, de José Romero Loza, otro servidor de Barrientos). No; Diez de Medina busca inmortalizarse y recomendarse como sabio e infalible consejero de presidentes. La alabanza desmedida de la criatura, la puesta de relieve de su genialidad precoz, ayudan a insinuar los ilimitados recursos y talento del padre putativo. El libro de referencia busca demostrar que Diez de Medina es el patriarca de las letras bolivianas y el árbitro de la alta política: el amo espiritual de Bolivia.

En el libro hay afirmaciones que es preciso poner en su verdadero lugar. No puede dudarse que en sus inicios el gobierno nacido del golpe contra revolucionario de noviembre de 1964 arrastró detrás de sí algunos sectores de la pequeña-burguesía: se apoyó en la desesperación de parte de la clase media ciudadana, incluyendo a los universitarios, y resultó beneficiado por la gran oscilación de considerables sectores campesinos, que vieron en la espada del general una garantía para la conservación de sus parcelas

(se movían bajo la presión de una sistemática propaganda que sostenía que la tierra de los agricultores corría el riesgo de ser usurpada tanto por el falangismo gamonalista como por el comunismo, declarado enemigo de la propiedad privada). En las ciudades el antimovimientismo, actuando a través de la clase media, concluyó teñido de un acentuado derechismo; el ejemplo de las universidades es aleccionador, muestra cómo rápidamente parte de la inteligencia pequeño-burguesa identificó sus veleidades marxistas con el entusiasta respaldo que prestó a los conspiradores de noviembre de 1964. La barrientización de las ciudades fue el punto de arranque para el exitoso asalto a las minas. Los estudiantes -que pueden jugar un importante rol en el proceso revolucionario, pero no dirigirlo- bien pronto reaccionaron positivamente ante la presión poderosa de un clase obrera que no cejó en su lucha contra los métodos fascistas de gobierno y puso en pie a los sindicatos clandestinos, se fueron desplazando rápidamente hacia la izquierda y lanzando denuos contra la dictadura.

Diez de Medina hizo creer al general que la magia de la palabra era capaz de forjar un mundo a gusto del "temperamental" (es lo menos que puede decirse) Presidente, que se rompió las narices queriendo convencer a los estudiantes soliviantados acerca de las bondades de su genio y de su gestión gubernamental. "El general del pueblo" registra los estridentes silbidos que marcaron la peregrinación de Barrientos por las Universidades. El escritor parece no haberse dado cuenta, pese a su habilidad de "consejero", que se trataba sólo de exteriorizaciones del proceso de radicalización de la pequeña burguesía, sobre todo de su capa estudiantil, es decir, de prontas respuestas a las incitaciones de la clase obrera y que les llevaron a desembocar en la trinchera antigorila. Ante el abandono progresivo del apoyo de la clase media, los regímenes totalitarios no tienen más remedio que acentuar, aún más, los métodos fascistas de gobierno o bien ser reemplazados por otro héroe más afortunado.

La torpeza del escritor se torna ceguera, deliberada o no, cuando obligadamente tiene que referirse a las relaciones del general Barrientos con el movimiento obrero. No puede concebirse la política ni la dictadura actuales al margen del movimiento sindical; y la presencia del "general del pueblo" en el escenario político se explica por su papel de verdugo del pueblo, de metralla descargada contra el sindicalismo. Con una admirable sangre fría -por no decir otra cosa- Diez de Medina estampa la especie de que Barrientos era indiscutible "amigo de los obreros". Resulta imposible olvidar que el déspota debutó como autor de descomunales sangrías en las minas (trágicas jornadas de mayo de 1965), los campamentos fueron asaltados por las tropas del ejército y bombardeados por la aviación que hicieron correr nuevamente un río de sangre. Y así transcurrió toda su gestión, más tarde vino la dantesca masacre de San Juan. En descargo del ánimo de "su" general, el carnicero Barrientos, Diez de Medina dice que los obreros dispararon primero. El problema no se reduce a establecer quién fue el agresor y quién el agredido, sino de saber si Barrientos masacró o no a los obreros, si destruyó ó no físicamente a las organizaciones sindicales, si asesinó o no a los líderes revolucionarios, si canceló o no las garantías democráticas cuando estas se referían a las masas. La historia ya ha dicho su verdad: el Presidente general fue un dictador reaccionario que utilizó los métodos fascistas de gobierno y esto basta para concluir que el libro de Diez de Medina está equivocado. En el hipotético caso de que los mineros dispararon primero, hay que preguntarse por qué lo hicieron; en ese caso los obreros se vieron obligados a usar las armas para rechazar a un gobierno de corte fascista.

Nadie puede negar que Diez de Medina tiene la vocación de las letras, pero pocos se han dado cuenta, de su extrema debilidad por los hombres fuertes que detentan el poder. Siempre lo hemos visto en las graderías del Palacio de Gobierno, buscando los favores de los mandones de turno. La pluma sirve para muchas cosas, hasta para recomendarse a los dictadores. Cuando el que cabalga el potro del poder es un izquierdista, el que presume de incomparable estilista enmudece y repta para poder acomodarse a la sombra de aquel (eso hizo con el MNR); pero, cuando el que manda es un fascista se deshace en ditirarribos y zalamerías.... esperando siempre jugosa recompensa. Diez de Medina ya está viejo, lo que es fácil darse cuenta leyendo sus últimos libros, pero no se cansa de arrastrarse ante los dictadores uniformados. No bien Bánzer anunció su decisión de no candidatear a la Presidencia de la República (26 de noviembre de 1973), Diez de Medina estuvo seguro de que la oportunidad era propicia para recomendarse al dictador gorila. En "El Diario" de 28 de noviembre escribió un artículo para poner de relieve que Bánzer dio "un alto ejemplo de patriotismo, de ética política, de desprendimiento personal raro en nuestra historia". Y como se vivía el cuarto de hora de los mandones uniformados, añadió: "Verdad que tuvo antecedente en la conducta honesta de otro militar, el general Carlos Blanco Galindo, presidente de la Junta Militar de 1930, quien entregó el mando constitucional al Dr. Daniel Salamanca".

Bánzer sería el maestro que da lecciones y, sobre todo, el líder nacional (el general ha debido frotarse

las manos de placer al leer todo esto): "Digna decisión, aleccionadora en lo moral para quienes piensan que política es sólo juego de ambiciones y de intrigas. Pero los actos de los líderes -Bánzer es, sin duda, un líder nacional- repercuten directa o indirectamente en la marcha del país".

Diez de Medina, el mismo que escribió el más estrambótico panegírico en honor de Barrientos, se declaró sostenedor de las ideas que animaron el golpe contrarrevolucionario de agosto de 1971 y dispuesto a secundar los deseos del general Bánzer. "Sería un error convocar a elecciones para junio de 1974", difícil olvidar que la alta jerarquía castrense ya se pronunció por la postergación de las elecciones, teniendo como inconfesada finalidad central evitar que las izquierdas levantasen la cabeza. En el atildado escritor la consigna se trocó en cinismo: "No compactados los sectores independiente", roto el FPN, dispersas otras fuerzas de tendencia nacionalista y democrática, podría repetirse el caso del "allendismo" en Chile, que con sólo el 36% de votos ganó en las urnas el poder". Diez de Medina proclamó a grito pelado y poco elegante, lo que calladamente ansiaba Bánzer: "Tampoco es improbable que un pronunciamiento nacional proclame al ciudadano Hugo Bánzer Suárez". Cómo no va a ser probable si, como dice el escritor, Bolivia necesitaba que alguien la gobierne "con firmeza".

2 EL CODEP

El general Barrientos se convirtió en el eje aglutinante de las fuerzas derechistas de la clase media y de los otros sectores y supo apoyarse en los resabios de la rosca. El verdugo golpeando contra la izquierda obligó a ésta a adoptar compromisos temporales de autodefensa y siguiendo este camino se actualizó la formación de un frente de izquierdas dentro del marco de la táctica del frente único anti-imperialista hegemonizado por el proletariado. Éste último aspecto flotaba en el ambiente como la consigna impuesta por la evolución política de las masas. Nos estamos refiriendo al Comité Democrático del Pueblo (CODEP), experiencia de poca duración y extrañamente olvidada por los analistas políticos. Se trata de uno de los antecedentes del Frente Revolucionario Antimperialista, uno de los ensayos más acabados en su especie y organizado después de la catástrofe de agosto de 1971, y también, en cierta medida, de la Asamblea Popular. Con todo, el ensayo no pudo prosperar.

Constituyeron el CODEP los trotskystas, que en ese momento ensayaban una fugaz unidad bajo la sigla del POR y teniendo como vocero a "Masas"; el PCB pekinés; el PRIN, incluida su organización sindical OSIN y el ala radicalizada del MNR (Alderete-Sandoval Morón); el grupo Espartaco, el PRIN estuvo representado por Lidya Gueiler, que más tarde llegó a la Presidencia de la República por un extraño accidente de la tortuosa política burguesa. Para satisfacer su sed de figuración no tuvo reparo, en 1979, en escisionar a su partido y sumarse al frente timoneado por Paz Estenssoro (Alianza-MNR).

La organización frentista comenzó moviéndose en las sombras de la clandestinidad y pugnando por ganar la legalidad. Tuvo, en sus inicios, una rápida expansión. Las juventudes del POR, del PRIN, del MNR (de izquierda), la JCB y Espartaco dieron nacimiento en la universidad al Frente Único de la Juventud Antiimperialista (FUJA), que era la fracción juvenil del CODEP, que el 25 de junio de 1966 realizó en la Garita de Lima (La Paz) un mitin impresionante de repudio al fraude electoral. En algunas minas funcionaron filiales del Comité; en Siglo XX se desempeñó como su presidente el porista Isaac Camacho, que el 23 y 30 de junio encabezó las concentraciones de masas en las que se explicó el sentido de la abstención en las elecciones. El CODEP llegó a tener ramificaciones en las principales ciudades del país.

El crecimiento y el mismo funcionamiento del CODEP, que no en vano estaba dando sus primeros pasos, encontraron un obstáculo insalvable en el funcionamiento independiente del stalinismo moscovita, que se apresuró en poner en pie una ficción frentista. Por lo menos los trotskystas comprendieron con claridad que un frente antiimperialista, si mediante esta táctica se buscaba que las masas siguiesen a la dirección del proletariado, no podía efectivizarse prescindiendo del PCB pro-Moscú, pese a que en ese momento vivía una de las etapas más agudas de su crisis interna. El POR, por propia decisión, charló con los dirigentes comunistas para animarles a integrar el CODEP, pero estos habían decidido emplearse a fondo para hacer fracasar al naciente frente, porque consideraban que así asestarían un rudo golpe a los pro-chinos, que habían sacado una buena tajada de la fractura del stalinismo. El PCB infló el volumen y actividades del FLIN, una organización fantasma creada por los pecistas para funcionar como un frente "independiente" y capaz de cazar incautos. El FLIN, timoneado por Mario Miranda P., por ese entonces

profesor universitario, logró incorporar a sus filas a Fernando Siñani, lo que se tradujo en el acercamiento de éste al viejo PCB y en la puesta a disposición del frente pecista, del semanario "El Pueblo", que entonces todavía gozaba de alguna popularidad. El CODEP sólo podía transformarse en una organización de masas y continuar el rápido crecimiento inicial que tuvo, a condición de presentarse como un frente sin fisuras de las fuerzas marxistas. Contrariamente, se tuvo que dedicar parte de las energías de que se disponía a combatir al FLIN, a responder a su campaña contra el CODEP, al que acusaba de ser un contubernio con los nacionalistas burgueses, etc, a identificarlo con el PCB, cosa que no aparecía del todo clara en la actividad diaria. Esta fue una de las razones, acaso más importante, por la que el CODEP no logró transformarse rápidamente en el polo aglutinante de la izquierda boliviana, de los grupos independientes y de los grandes sectores radicalizados que peregrinaban en busca de una dirección fuerte y capaz. En estas condiciones, el tiempo se transformó en un factor que conspiraba contra el porvenir del nuevo frente. No logró movilizar, organizar y dirigir a la clase obrera, aunque es cierto que ejerció alguna influencia sobre ella.

El CODEP, aún antes de su verdadera consolidación, se jugó entero y zozobró en el problema electoral. Apenas nacido fue arrastrado a la ruidosa campaña para las elecciones generales del 3 de julio de 1966. No podía obrar de otra manera, los partidos que lo componían debían obligadamente adoptar una actitud común frente al problema político central del momento.

El general Barrientos adaptó a sus necesidades la Ley Electoral movimientista y como candidato oficial tenía ganada de antemano la carrera hacia la Presidencia, en un país en el que tradicionalmente logra la victoria la cabalgadura del corregidor. El movimientismo vació la Ley Electoral en el molde del fraude anticipado: la utilización del abrumador peso del campesinado (descomunal cero o voto negro) para aplastar a la oposición que primeramente se perfiló en las ciudades. Esta situación podía modificarse, es decir, la mayoría campesina podía convertirse en el martillo que golpee duro al oficialismo nacionalista, sólo en el caso de que el proletariado lograra timonear políticamente a los explotados del agro, pero, en esta situación las elecciones estarían demás y llegada sería la hora de la insurrección. El problema en 1966 no consistía en ganar las elecciones en el campo, extremo que no se planteaba por materialmente imposible, sino en aglutinar y dirigir a la oposición antigorila en las ciudades. A la propaganda del CODEP le faltó plantear con claridad este objetivo.

La fórmula destinada al triunfo estaba constituida por el general Barrientos, representando a los grupos castrenses que habían consumado el golpe contrarrevolucionario de 1964, y por Luis Adolfo Siles Salinas, seleccionado en las filas del diminuto y económicamente poderoso partido de los gerentes (PSD). No se necesita decir más para tipificarla como a la fórmula de la restauración. Las elecciones estaban destinadas a institucionalizar la contrarrevolución que se había impuesto en la punta de las bayonetas. Otra cosa es que este objetivo no se hubiese podido plasmar debidamente como consecuencia del proceso de desintegración de las fuerzas armadas y de las contradicciones internas del propio imperialismo.

Parece extraño que la Falange, que un poco más tarde apuntaló incondicionalmente al gorilismo representado por Bánzer, hubiese opuesto su propia fórmula a la candidatura presidencia del Barrientos. La verdad es que FSB enarboló reivindicaciones democratizantes frente a la "dictadura" del general Presidente y hasta llegó a pedir su dimisión. La ocurrencia falangista demostraba el deterioro del gobierno timoneado por Barrientos, claro que FSB tenía como objetivo inmediato participar decisivamente en el cupo de parlamentarios "opositores", que concluyeron como magníficos colaboradores del gorilismo. La fórmula presidencial de FSB no pasaba de ser simbólica: el general Bernardino Bilbao, una achacosa gloria militar, iba del brazo de Gonzalo Romero, nigromante de la política y paradigma del transfugio.

La caída del MNR como partido gobernante tuvo repercusiones internas inmediatas: sus tendencias internas (aunque formadas alrededor de caudillos y ambiciones personales, llevaban implícitas formulaciones políticas que exteriorizaban diversos intereses clasistas) actuaron como fuerzas centrífugas que casi siempre concluyeron provocando escisiones. El Movimiento Revolucionario Popular (MRP) se llamó así para poder inscribirse en los registros de la Corte Electoral, que había dado certificado de nacimiento al primer grupo que se presentó ostentando la sigla del MNR, buscaba arrastrar a los campesinos detrás de un símbolo, El binomio formado por Mario Diez de Medina y Mariano Baptista, carecía de luz propia y para poder identificarse se vio obligado a estampar en su papeleta a un Víctor Paz con vasta sonrisa. Corrió el rumor de que Ovando tuvo mucho que ver con esta candidatura. El pazestensorismo cumplió una meta modestísima: hacerse presente en el escenario político después del descalabro de 1964 y aprovechando la aparición de indicios de desintegración en el seno del equipo dirigente del gorilismo.

Víctor Andrade se movía manejado por dos hilos bastante visibles: uno conducía a las oficinas de Nelson Rockefeller, el otro estaba manejado por los generales criollos. Dividió al MNR en servicio directo de los gorilas más que de su persona, consideraba que convertido en cabeza de "su" partido y contando con los dólares norteamericanos podría fácilmente llegar a la Presidencia, extremo sugerido por su seguidor y escritor "antiimperialista" Augusto Céspedes. Paradójicamente resultó la variante democrática en el ajetreo electoral y exteriorizó, a su modo, las contradicciones entre los organismos imperialistas.

Los stalinistas pro-Moscú presentaron el opaco binomio Iñiguez-Miranda, con la finalidad de convertirse, con ayuda de la papeleta electoral, en el único partido comunista, para así aplastar al CODEP y a su adversario el PC-ML.

Los resultados electorales dieron la victoria a Barrientos-Siles por abrumadora mayoría y le proporcionaron al nuevo gobierno una oposición parlamentaria a su medida, formada por la minoría falangista.

El CODEP decretó la abstención activa en las elecciones y asumió similar actitud el Partido Demócrata Cristiano, aunque partiendo de posiciones diferentes. No bien se conocieron los resultados, el PDC se apresuró a exteriorizar su admiración por la naturaleza "democrática" del gorilismo barrientista y lo que podía parecer una postura dictada por una extrema ingenuidad no fue más que cálculo que permitió al PDC incrustar un ministro en el gabinete del carnicero Barrientos.

Los resultados de las elecciones no pudieron menos que ser decepcionantes antes para los componentes del CODEP y que sólo podían explicarse a través de un agudo análisis político, cosa que estuvo lejos de realizar el frente. En la presentación de las cifras la abstención, quedó mucho más minimizada con referencia a su verdadero volumen.

Se inscribieron 1.270.000 ciudadanos, de los cuales sufragaron sólo 1.025.455. La diferencia, 244.545, importó una abstención del 20%; pero, hay que añadir los votos blancos y nulos, por lo menos parte de ellos, que arrojaron 85.022; lo que daría un total de abstenciones de 329.567 votos, es decir, el 25.95% del total de los inscritos. Se comprende que no todos esos votos pueden atribuirse a los abstencionistas, existe un porcentaje de abstencionismo en todas las elecciones. Si cargamos a este último un 10%, restaría el 16%, que sigue siendo importante. Es evidente que el PDC no tenía posibilidades de arrastrar un volumen considerable de votos.

Equivocadamente el CODEP partió del falso esquema de que la abstención se convertiría en un volumen abrumador, al extremo de mostrarse de manera indiscutible la impopularidad del general Barrientos. Esto era imposible si tenemos en cuenta que el mayor porcentaje de electores estaba concentrado –y aún lo está– en el agro, donde las autoridades tenían posibilidades de obligar a casi todos a sufragar. La explicación política más elemental debería haber comenzado demostrando el significado del volumen de la abstención en función del electorado de las ciudades y no de la totalidad de los sufragantes o inscritos en el país, lo que autorizaría a multiplicar por lo menos por dos el peso real de los resultados obtenidos. Otras veces se tomó como abstención únicamente los votos blancos y nulos y no los que no concurrieron a las urnas después de haberse inscrito en los registros electorales y menos los que dejaron de cumplir inclusive con este requisito. Es sugerente, por ejemplo, el análisis hecho por "Presencia" (La Paz, 7 de julio de 1966): "Aproximadamente el 19 por ciento en diez y ocho minas nacionalizadas y privadas. Este porcentaje se considera escaso, si se tiene en cuenta que el PRIN, PDC, PC pekinés y el POR trabajaron arduamente para obtener una "mayoría" de votos contra el calificativo que dieron a las elecciones de "fraude electoral".

"La consigna del voto en blanco solamente alcanzó mayoría en las secciones del Consejo Central Sud, Japo y Negro. En Siglo XX y Colquiri se ha denunciado que algunos miles de personas quedaron marginadas del proceso electoral, en vista de que no fueron inscritas por falta de material, extremo que habría influido para aumentar los votos en blanco.

"Causó sorpresa el escaso porcentaje obtenido por el FLIN en los centros mineros, considerados como principales núcleos de la actividad del extremismo, especialmente en Siglo XX, donde alcanzó 168 votos, llegando a 2.780 votos en diez y ocho distritos, cantidad ínfima ante la acción del FLAN y el PC soviético. Ha sido notoria la oposición por parte del comunismo pekinés y el porismo, como demostración de la crisis imperante entre las fuerzas de extrema izquierda".

A posteriori es fácil comprender que el volumen de la abstención fue notable, pese a todos los factores negativos que se tuvieron que afrontar, pero para servir de base a la actividad del CODEP, que bien podía haber utilizado los resultados electorales como prueba de su real influencia sobre las masas trabajadoras y la clase media, debería haber sido parte del análisis anticipado de las tendencias del proceso electoral. En lugar de procederse así se permitió que la propaganda contraria actuase como eficaz disolvente.

El PCB moscovita, actuando siempre a través del FLIN, tomó y distorsionó los datos de las elecciones para acentuar su ataque frontal contra el CODEP, el trotskismo y el PCB pekinés. "El Pueblo" del 9 de julio de 1966 contiene comentarios como los siguientes:

"En consecuencia -se dice en una nota titulada 'Derrota del voto en blanco'- no se puede decir que aquellos pregoneros de la abstención hubieran salido gananciosos con su postura que reflejaba y refleja su impotencia para que puedan participar en un vasto movimiento democrático donde las masas encuentran el camino que deben seguir; por el contrario, este porcentaje de baja significación expresa la realidad de que la ciudadanía boliviana se inclina más hacia el camino de las soluciones democráticas, antes que a la aventura impotente.

"¿Cuántas son las organizaciones políticas que pueden disputarse el número no crecido de votos blancos? Allí están el MNR unificado de Siles y Paz Estenssoro, el Partido Demócrata Cristiano y el PRIN, como partidos de peso político y como organizaciones que tienen militancia y que hicieron propaganda con demasiado alarde; luego les siguen los trotskistas del POR, también unificado, y el grupo de nuevos trotskistas llamados "pekinéses", todos unidos en una sigla conocida como CODEP, donde están incluidos los grupitos de la burocracia sindical lechínistas, conocida como OSIN, los jóvenes ex-movimentistas intelectualizados de Espartaco y los otros jóvenes todavía no intelectualizados de la llamada FUJA, que reúne a universitarios de diversas capillitas de San Andrés. Planteadas así las cosas, ¿quiénes pueden ser los dueños de las pocas decenas de miles de votos en blanco? Dirán los del MNR unificado que su militancia es la que mayoritariamente ha votado en blanco. ¿O serán los cristianos de Remo y Miguel? Los del PRIN no pueden permanecer callados, también desean llevarse la parte del león; por último los trotskistas de uno y otro modelo, los antiguos y los modernos, quieren sacar tajada del asunto. Ni qué decir de los adolescentes del FUJA, Resultado: cinco partidos y tres grupos no convencieron a nadie".

Desde un punto de vista revolucionario intervenir en un proceso electoral quiere decir estar presentes con un programa y con respuestas políticas y no, precisamente, contar con candidaturas propias. Las elecciones sirven para llegar hasta las masas con respuestas adecuadas al momento que se vive y en función de la finalidad estratégica que se persigue. Las leyes bolivianas obligan a sufragar bajo la pena de sanciones de diversa índole. El voto en blanco o el motivado programáticamente es cosa muy diferente a no participar en las elecciones.

Los adversarios políticos de quienes propician el voto en blanco se esmeran en confundir a éste con la abstención porque así tienen allanado el camino para sindicarse a aquellos de ultraizquierdistas o anarquizantes.

Muchos de los componentes del CODEP no veían más que el camino democrático y no eran capaces de ligar el método electoral con la acción directa de las masas. Ellos contribuyeron al aflojamiento de la organización frentista, que dio pruebas evidentes de su capacidad para movilizar a las masas. En el aniversario del 9 de abril se realizó una imponente manifestación, disuelta a bala por efectivos del Ministerio del Interior (encabezados por el mismo Antonio Arguedas), en las proximidades de las oficinas del Servicio de Tránsito. Con la finalidad de hacer conocer la táctica electoral, fue convocado un mitin en el cine Roxi, cuyas puertas permanecieron cerradas por orden policial. El considerable número de asistentes se concentró frente a las graderías de la calle Pichincha, dorado hicieron uso de la palabra representantes de obrero! y campesinos. Pero, resultaba evidente que estas acciones callejeras no eran garantía de una segura victoria electoral, se puede decir que las circunstancias empujaron prematuramente al CODEP a la batalla electoral y ésta le fue adversa.

El gobierno tenía decidido aplastar al CODEP en sus primeros pasos y contaba para esta finalidad con la ayuda del stalinismo pro Moscú. El retardo en el entroncamiento con las masas se convirtió en su lado más débil.

Finalmente, los celos y el sectarismo de los pekinéses concluyeron estrangulando un frente que nació

auspiciosamente. La dirección era rotativa. Cuando el PC-ML debía poner la presidencia en manos de los trotskystas, sencillamente no convocó más a reuniones, motivando un rápido desbande. Se puede concluir que los pekineses llegaron al convencimiento de que no podrían crecer con ayuda de la muletilla del CODEP y menos sobreponerse a sus adversarios trotskystas. Las sucias maniobras del PC-ML contaron con la complicidad de Lidya Gueíler del PRIN.

Que sepamos, en el seno de la izquierda no se ha realizado un balance crítico de esta experiencia, que tuvo la ventaja sobre el FRA, por ejemplo, de haber nacido entroncado en los sectores más interesantes de la clase obrera.

Entre los factores que conspiraron contra el CODEP debe también mencionarse la frustración sufrida con motivo del congreso constituyente de la OLAS y que, en gran medida, fue consecuencia de la irresponsabilidad de los pekineses. Conocida la convocatoria a La Habana a todos los movimientos antiimperialistas, para aunar esfuerzos y coordinar la lucha revolucionaria en el marco continental y de los países atrasados, el CODEP creyó que era su obligación elemental asistir a ese encuentro, a fin de poderse integrar de manera efectiva al movimiento antiimperialista mundial.

No se trataba de arriar banderas y entregarse al castrismo, sino de discutir una verdadera estrategia revolucionaria. Por lo menos los trotskystas habían expresado públicamente sus reparos a la dirección de la revolución cubana, desgraciadamente confirmados con el correr del tiempo. En ese entonces estaba en tela de juicio la política interna y la táctica foquista y no la política internacional timoneada por Fidel Castro, que ha concluido revisando sus posiciones radicales, adoptando posturas moderadas, entregándose a la tutela rusa, a fin de poder lograr un entendimiento con el imperialismo norteamericano, el opresor y explotador del continente.

La invitación le llegó al CODEP a través de los canales chinos, que tomaban parte en el comité organizador. La delegación fue designada democráticamente; todas las tendencias estaban representadas en ella sin ninguna limitación. Posteriormente hubieron maniobras encaminadas a eliminar a los trotskystas de la delegación y que, finalmente, no prosperaron.

Los pekineses ocultaron al CODEP la verdadera relación de fuerzas dentro de los organismos que retenían en sus manos la organización y control del encuentro de La Habana. Los soviéticos habían logrado alinear a su favor al castrismo en la lucha contra los seguidores de Mao, esto pese a que Cuba estaba más cerca de Pekín que de Moscú, debido a las posiciones radicales sostenidas por los dos primeros. De conocerse todos estos detalles acaso se hubiera acordado no asistir a la Tricontinental, sobre todo porque no había forma de zafarse de la pugna entre los dos colosos del mundo stalinista.

La delegación del CODEP encontró las primeras dificultades en México (el viaje por esa vía resultó sumamente perjudicial para los delegados, pues fueron debidamente fichados por los servicios de inteligencia controlados por los yanquis) y se tuvo que realizar una seria larga de trámites para lograr la visa de ingreso a la capital del foquismo. Ahora se puede afirmar que la autorización fue dada no por consideración al CODEP, sino para evitar cualquier tipo de propaganda contra la reunión de La Habana y después de que se tenía preparado todo para aislar a la delegación boliviana y reducirla a la impotencia.

En La Habana la delegación del CODEP fue recibida con las debidas atenciones protocolarias e inmediatamente trasladada al Hotel Riviera (la revolución había expropiado la pertenencias de las empresas hoteleras norteamericanas), donde cuidadosamente fue rodeada de un cordón sanitario. El hotel destartalado, donde, sin embargo, era posible descubrir algunas hilachas de su pasada suntuosidad, estaba ocupado por poca gente y algunas de ellas permanecían allí prácticamente recluidas, esto porque las autoridades las habían catalogado como peligrosas en caso de que pudiesen asomar las narices por las reuniones de la Tricontinental. No había aire acondicionado (se dijo que faltaban repuestos de marca norteamericana para permitir el funcionamiento de la maquinaria respectiva), pero sí abundante y variada comida, en contraste con lo que ocurría en el resto de la ciudad, donde todo estaba sometido a un riguroso racionamiento, se podía hasta tomar café a discreción.

Los rusos habían logrado apoderarse de los servicios de inteligencia cubanos y fueron aquellos los que más se esmeraron en inmovilizar a los bolivianos. Después de complicadas tramitaciones con el Partido Comunista cubano se pudo llegar al convencimiento de que el congreso de la Tricontinental no se apartaría un solo milímetro de las decisiones ya tomadas por los castristas. Los cubanos se habían comprometido

a trabajar utilizando los canales de los partidos comunistas pro-soviéticos, lo que les permitiría continuar reteniendo en sus manos el liderazgo de las luchas revolucionarias en América Latina, a cambio del apoyo a la burocracia del Kremlin en su arremetida contra los chinos.

Los cubanos no tuvieron el menor empacho en hacer saber a la delegación del CODEP que para ellos no existía en Bolivia más partido comunista y revolucionario que el dirigido por el señor Mario Monje, que más tarde fue despiadadamente atacado por traidor por el mismísimo Fidel Castro; la decisión autocrática del PCC suponía que el CODEP no podía asistir a la Tricontinental; en efecto, no se le permitió ni siquiera trasponer los muros del Hotel Habana Libre, convertido en escenario del mencionado congreso.

Así, burocráticamente, fue decretado el aislamiento del movimiento antiimperialista continental del prometedor frente de los partidos de izquierda de Bolivia, el más serio esfuerzo, hasta ese momento, hecho para poner en pie el frente antiimperialista políticamente dirigido por la clase obrera. Es bien sabido que la OLAS, precisamente por su marcado sectarismo y por la influencia del stalinismo moscovita en su seno, no pudo convertirse en realidad.

En La Habana se recibió una nueva muestra de las enormes posibilidades que tenía el CODEP para convertirse en un polo aglutinante de las tendencias de izquierda. Los estudiantes bolivianos que se encontraban becados en esa ciudad (habían recibido la beca por ser izquierdistas o se convirtieron en tales después de su arribo a Cuba), expresando su adhesión a dicho frente y ansiosos de discutir con ellos los problemas de la revolución boliviana. Los cubanos se limitaron a prohibir toda reunión de los indicados estudiantes con el CODEP. Los castristas no estaban dispuestos a discutir con los revolucionarios latinoamericanos, se limitaban a imponerles despóticamente sus decisiones.

Un buen día se notificó a los bolivianos que debían abandonar el país a fin de evitar ulteriores complicaciones en el transporte; la notificación venía acompañada de los respectivos pasajes de avión. Los delegados del CODEP salieron por el Canadá rumbo a Europa. Mientras ellos volaban, Castro tronaba contra el trotskismo e incitaba a los guerrilleros a expulsarlos de sus filas. De mala fe confundía a los payasos posadistas (una acentuación hasta el ridículo de las posiciones pablistas) con los seguidores de León Trotsky.

Los resultados negativos de la reunión de La Habana se convirtieron para la joven organización boliviana en una especie de muro infranqueable que la separaba de las masas, particularmente de las estudiantiles, tan vivamente impresionadas por la constitución de la OLAS.

Paradójicamente, los foquistas iniciaron sus pasos bajo el amparo de los moscovitas, sus adversarios de derecha, recorriendo los canales señalados por ellos y elaborando sus planes de acuerdo con las informaciones interesadas que les proporcionaba el ojo de Moscú. De manera consciente se abandonaron en brazos de sus verdugos y así prepararon las condiciones para la derrota. Los foquistas de la primera época no ocultaron su furioso anti-trotskismo; era la orden venida desde La Habana y que complacía en gran manera al stalinismo, que en Bolivia colaboraba estrechamente con el Ministro de Gobierno Antonio Arguedas, agente confeso de la CIA.

La política frentista en Bolivia venía desde muy lejos. Después de la Guerra del Chaco se vio fortalecida. Con todo, aparecía como un "frente revolucionarios", pero no como un frente de las clases sociales que componen la nación oprimida. Durante el sexenio (1946-1952) fue lanzada la consigna del frente antiimperialista, pero no se subrayó la necesidad de que estuviese dirigido políticamente por el proletariado.

El CODEP constituyó, pues, el punto culminante de toda esta tradición y, al mismo tiempo, su superación.

3 INSURGENCIA FOQUISTA

Durante el gobierno de Barrientos y cuando ejercía las funciones de Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas el general Alfredo Ovando C., se desarrollaron las operaciones protagonizadas por el foco armado organizado y dirigido por Ernesto Che Guevara. Así el territorio boliviano del sudeste (serranías abruptas, de clima tórrido y cubiertas de monte bajo y espinoso) se convirtió en escenario del ensayo foquista más perfecto, esto por haber sido realizado por su teórico más y contando con todos los

recursos materiales imaginables. Los movimientos de una treintena de cubanos y de algunos bolivianos se hicieron públicas el 7 de noviembre de 1966. Estos acontecimientos coincidieron con la agitación social que ganaba las ciudades y los centros de trabajo y contribuyeron, en cierta medida, a acentuarla. Se trató de una mera coincidencia y no de la deliberada búsqueda de una situación política favorable para el estallido de las acciones armadas. Coyuntura tan excepcional no volvió a presentarse posteriormente. Las masas se encontraban en franca lucha contra el gobierno Barrientos y no pudieron menos que ver con simpatía lo que sucedía en Ñancahuazú, aunque no comprendían en toda su significación los acontecimientos que se desarrollaban. Los sectores más radicalizados y esclarecidos del movimiento de masas -mineros y universitarios- no ocultaron sus sentimientos y, contrariamente, exteriorizaron su apoyo a la lucha armada. En realidad, y contrariamente a lo que sostienen Augusto Guzmán y otros, no eran los agentes del Che los que crearon este estado de cosas, sino que el desarrollo de la política interna del país, que en momento alguno fue tomado en cuenta por los foquistas (estos se preocuparon únicamente de perfeccionar técnicamente a su pequeño grupo), evolucionó hacia los canales de una profunda y vasta movilización de masas que coincidió con el estallido de las acciones armadas. Sabemos ahora que esto se debió, más que al cumplimiento del programa de acción de los foquistas, a las operaciones realizadas por el ejército. Esta situación objetiva abrió la excepcional coyuntura para que el foco armado pudiese soldarse con el ascenso revolucionario de los explotados, convertirse en una de sus manifestaciones, es decir, de foco en auténtica guerrilla, cosa que no ocurrió en ningún momento. No nos engañemos, los foquistas no buscaron ni se encaminaron hacia este objetivo, vivieron, lucharon y murieron encerrados en los estrechos límites del esquema que habían elaborado a priori: utilizar a Bolivia como puente para el establecimiento de un eje foquista que uniese la Argentina con el Perú. Se descubre de lejos que el esquema no tuvo en cuenta para nada el desarrollo de la conciencia del proletariado en escala continental (sabemos que se trata de un proceso por" demás desigual), sino que partía de la certeza de que la larga acción armada permitiría sustituir las condiciones subjetivas de la revolución con la heroicidad de los elegidos de la gloria. La orientación política del Che y la rápida liquidación del grupo armado de Ñancahuazú impidió la transformación del foco ubicado en el Sudeste del país en una manifestación armada integrante del gran ascenso de las masas explotadas. No habría dejado de ser paradójico que el mismo teórico de las bondades ilimitadas, y sobrenaturales del foquismo hubiese contribuido a negarlo en la práctica. Los izquierdistas pequeño-burgueses sacaron una conclusión arbitraria de todo este proceso: interpretaron la actitud de los trabajadores mineros y de las masas explotadas de las ciudades como una incondicional adhesión al método de lucha y a las concepciones políticas del castrismo y también como un abandono de su línea política tradicional, calificada como de auto-defensa.

La vanguardia del movimiento obrero había participado en alguna forma en la discusión acerca de la naturaleza, limitaciones y desviaciones del foquismo, con referencia a la concepción marxista de los métodos de lucha. La crítica del foquismo, no bien apareció el folleto del Che Guevara sobre las "guerrillas", fue llevada a cabo por el trotskismo (distingue el foco propiamente dicho de la guerrilla como una de las manifestaciones de la lucha de las masas). A pesar de que el stalinismo pro-Moscú dio pruebas inequívocas de su oposición al foquismo desde posiciones derechistas, "tácticamente" creyó conveniente callarse y dar, más bien. La impresión de que apoyaba las acciones del castrismo; la maniobra concluyó en una vulgar traición a las promesas hechas de mala fe. Todo esto fue denunciado por Fidel Castro en persona desde La Habana. No es, pues, casual que el foquismo hubiese motivado una profunda crisis en las filas stalinistas. Contrariamente, el POR se fortaleció y estructuró en el calor de la batalla contra el aventurerismo pequeño-burgués y que entronca en las más recias tradiciones del bolchevismo.

A diferencia de lo sucedido en otras latitudes, el castrismo tuvo en Bolivia poca influencia, si se considera que fue el escenario de las andanzas del mismo. Guevara y que sus actividades quedaron prácticamente circunscritas al ámbito estudiantil; inclusive en este sector ganó terreno rápidamente la crítica a la táctica foquista.

Lo esencial del reparo opuesto al foquismo se refiere a que se trata de una forma de lucha concebida y ejecutada a espaldas de las masas, que no responde a la necesidad de éstas de vencer los obstáculos que encuentran en su camino, sino a la voluntad de direcciones políticas que son extrañas a los explotados. En otras palabras, su defecto principal radica en que es un núcleo extraño al proletariado, aunque se reclame de éste y aunque esté constituido por obreros. Su actuación no se subordina a consideraciones políticas y al estado de ánimo de los explotados, sino a esquemas puramente técnicos. Los más inclinados al marxismo han pretendido ver en el foco al verdadero partido revolucionario de nuestra época o su núcleo generador más importante. No siendo la expresión de la conciencia de clase ni el elemento propulsor básico de ésta, no puede sustituir ni dar origen al partido de la clase obrera.

4

JERARQUÍA CASTRENSE Y CIA

El 20 de agosto de 1968 fue sorprendida la población con la lectura, a través de una radioemisora paceña, de una proclama subversiva firmada por el general Marcos Vásquez Sempértegui, hasta la víspera uno de los jefes militares protegidos por el Presidente Barrientos y que logró escalar altos cargos en la jerarquía castrense. Se pudo comprobar que los elementos que montaron el aparato conspirativo dependían directamente de la CIA, que, después de haber colocado a Barrientos en su lugar de incondicional instrumento de la política norteamericana, abandonaron al subvertor a su suerte. Fue apresado y bestialmente golpeado, malherido concluyó con su humanidad en el extranjero, después de deambular por varios países volvió a reaparecer como encargado de personal de un ministerio durante el gobierno del general Hugo Bánzer. Vásquez Sempértegui confesó amargado, desde el ostracismo, que fue engañado por políticos y universitarios que le habían ofrecido su incondicional apoyo. Todo quedó como una revuelta sin trascendencia. Seguramente los políticos, que afanosamente buscaban el medio de derrocar a Barrientos, vieron con mucha simpatía que uno de los engranajes de la maquinaria militar se rebelara contra el despótico presidente.

Con todo, la fallida conspiración de Vásquez Sempértegui constituye uno de los factores que permite explicar el trágico destino del general Barrientos. Este último se encaminaba a consolidar un régimen dictatorial de tipo personal, que sólo podía darse si lograba mantener su control sobre las Fuerzas Armadas, consideradas como el partido político eje de los gobiernos castrenses. La experiencia le enseñó que el control del ejército equivalía a conservar la lealtad de los mandos más importantes y a neutralizar a los conspiradores uniformados (manteniéndolos en minoría con referencia al resto del ejército, haciendo abortar sus trajines golpistas o bien anulándolos con la tentación de las funciones gubernamentales o los cargos diplomáticos), pero el apoyo real sólo podía venir de fuerzas estructuradas alrededor de la persona del caudillo. Barrientos se asentaba en las bayonetas del FURMOD y del CITE, la primera una organización de inconfundibles rasgos pretorianos. Trabajaba incansablemente para fortalecer su propia fuerza de choque, que le permitiese mantener a raya a todo elemento que pretendiese oponerle la capacidad de fuego del ejército regular y a quienes soliviantasen a las masas, que tan empeñosamente acentuaban su posición opositora. Al mismo tiempo, consideraba que otro de los elementos de su fortaleza política radicaba en el apoyo de las organizaciones campesinas y en su capacidad de rápida movilización. No podía menos que haber llegado al convencimiento de que las medidas puramente represivas del movimiento obrero habían fracasado, pues éste levantaba la cabeza una y otra vez y siempre de manera más amenazadora. El empleo de la violencia material debía estar acompañado de medidas políticas atrevidas.

Tenía Barrientos como a su más grande competidor, fuertemente entroncado en el ejército, al general Ovando Candia. No era peligroso únicamente por su indiscutible felonía y astucia, sino porque en ese momento tenía la posibilidad de arrastrar detrás de sí al grueso de las Fuerzas Armadas. Pretextando el precario estado de su salud, realizó una retirada estratégica a los Estados Unidos, para poder, en realidad, observar con tranquilidad el desarrollo de los planes que había puesto en marcha dentro del país y asegurarse el respaldo del Pentágono y la CIA.

En los medios políticos bien informados e inclusive en el grueso de la población sostenía que el general Barrientos ultimaba los detalles para dar un sensacional golpe político con motivo del Primero de mayo de 1969. El Presidente boliviano buscaba solucionar heroicamente muchos de los problemas que le atormentaban: mantenerse indefinidamente en el poder y destruir políticamente a su adversario (había jurado varias veces que Ovando no llegaría al Palacio de Gobierno), asegurar su imagen de gran caudillo latinoamericano, volcar a las masas obreras en su favor y liquidar físicamente a la dirección de la izquierda marxista. A estar con esos informantes, Barrientos tenía decidido declararse dictador, tomar medidas económico-sociales mucho más radicales que las adoptadas por el general peruano Velasco Alvarado (llegado al poder en octubre de 1968) y pasar por las armas a por lo menos cien dirigentes izquierdistas (intelectuales y obreros).

El 12 de marzo de 1971, un año después del misterioso asesinato del periodista Alfredo Alexander (14 de marzo de 1970), publicó "Hoy" de La Paz las sorprendentes declaraciones del súbdito alemán Richard Herber, estrechamente vinculado a los servicios de inteligencia de países extranjeros y asiduo cliente de los recintos policiales, relacionadas con una serie de crímenes políticos que se entrecruzan con la política boliviana después de 1964. En un párrafo de las mencionadas declaraciones se lee:

"H.- Barrientos quería declararse dictador.

"P.- ¿En qué época?

"H.- Cuatro meses antes de su muerte. Para ello tenía que eliminar físicamente a Ovando. Para eso creó FURMOD. El primero de mayo tenía que declararse dictador. Seguramente llegó a oídos de Ovando y él decidió eliminar a Barrientos. Yo les voy a decir ahora, se trata del capitán que era Ayudante del General Ovando, es el capitán Faustino Rico Toro.

"P.- ¿De qué manera llegaron a enterarse de los preparativos para el asesinato del general Barrientos?

"H.- A mi me lo contó un miembro de la guardia de seguridad de Barrientos. Es posible que Rico Toro también hubiera sido autor del asesinato de Otero.

"P.- ¿Eran oficiales de la Guardia de Barrientos?

"H.- Pueden ser dos militares de la guardia de Barrientos o de la Fuerza Aérea o puede ser el teniente Chirique. Eso lo digo porque Chirique trató de victimar a Arguedas".

Esta versión, si se le quita sus contornos truculentos y los nombres citados y otros detalles, flotaba en el ambiente y el hombre de la calle estaba seguro que el general Ovando en alguna forma contribuyó a la desaparición de Barrientos. La aparición del súbdito alemán en el escenario fue obra del Ministro del Interior Gallardo, que pensaba que así podía arrinconar a la derecha militar, en ese momento muy activa en sus trajines conspirativos.

La verdad es que en uno de sus numerosos viajes, el general Barrientos dejó de existir en una quebrada abrupta de Arque, como resultado de un accidente de su helicóptero. Si su muerte fue obra de un atentado, éste sólo pudo ser consumado por la CIA o con permiso de ella. Posteriormente, se comprobó, en necropsia de sus restos, que no le había alcanzado ningún proyectil. El accidente ocurrió el 27 de abril de 1969.

Ovando retornó rápidamente de los Estados Unidos y en Cochabamba se hizo proclamar sucesor de su enemigo y "líder" de turno de los campesinos. Esperando dominar toda la situación y convertirse en caudillo indiscutido, aconsejó respetar la Constitución y permitir que el Vicepresidente Siles Salinas ocupase el lugar del occiso.

5

EL "DEMOCRATA" LUIS ADOLFO SILES

Luis Adolfo Siles no podía escapar del puño de acero del ejército y ni siquiera emanciparse de la herencia del arbitrario general Barrientos, lo que tenía algún significado para quien se precia de ser hombre de derecho. Dirigente del diminuto pero influyente Partido Social Demócrata, formado por la crema de los capitalistas bolivianos y seriamente comprometido con los intereses foráneos ¹, buscó infructuosamente imprimir su propia huella en los acontecimientos. La casi ninguna trascendencia de su paso por el poder es sólo un reflejo exacto de la insignificancia de la burguesía industrial boliviana: no puede señalar rumbos distintos a los ya fijados por el imperialismo. En política no ha podido jugar un rol definitivo porque en ningún momento ha tenido la capacidad ni posibilidades de convertirse en el caudillo nacional.

Hizo un gobierno tolerante y en lo posible legalista. Después de su caída confesó que desde el primer momento Ovando no le dejó gobernar con sus trajines golpistas. Para muchos el gran mérito de quien parece ya haber sido olvidado por la historia, consistió en su terco afán por permanecer apegado a la ley, la verdad es que no encontró fuerza social alguna, si se exceptúa a la reacción rosquera, en la cual apoyarse. "Fue un hombre que llegó a la Presidencia por las vías constitucionales, que hizo cuanto tuvo en su mano para ceñir sus actos a la ley, que obró con honradez ejemplar, que no reaccionó con odio ni con venganzas... Un gobernante que se retira sin que se levanten contra él quienes lo acusen de falta de honradez o que lo miren con odio Luis Adolfo Siles ha caído pero no con vergüenza" ².

Siles Salinas, que conocía perfectamente los trajines conspirativos de Ovando y los observaba impotente, sabía lo que le esperaba, por esto pudo decir: "Entré solo al gobierno y seguramente saldré solo". Fue

1.- El inocuo Robert J. Alexander ("La Revolución Nacional Boliviana") está totalmente equivocado cuando sostiene que el PSD fue "fundado por un grupo de jóvenes social cristianos y marxistas". Nos parece que este, autor ha hecho una deducción puramente mecánica de... nombre de dicho partido.

2.- "Presencia", La Paz, 17 de septiembre de 1969.

Presidente por el acaso y no porque encarnase una poderosa fuerza política o hubiese alcanzado a ser un carismático caudillo. "Era acaso el único gobernante solitario, sin una fuerza política organizada y de significación que lo respalde, los pocos hombres que se agruparon alrededor de su figura, lo hacían empujados por las ventajas del poder"³.

Con todo, quiso hacer su propio juego, dividir a las Fuerzas Armadas y oponer a Ovando un otro candidato militar capaz de ensombrecer a aquel con su prestigio. Para nadie era un misterio que el Presidente alentaba la campaña proselitista del general Escóbar Uría, que con su incansable trabajo desde la Alcaldía Municipal paceña había logrado ganar muchos adeptos. El año 1970 fue señalado para el verificativo de las elecciones y los candidatos se lanzaron eufóricos a realizar su campaña a lo largo del país. Pocas horas antes de su caída, Siles Salinas anunció la realización de elecciones municipales como paso previo hacia los comicios generales.

La actitud de Siles Salinas sólo puede interpretarse como la decisión del sector de los industriales de zafarse del control secante del general Ovando con ayuda de otro jefe militar al que le prestarían su decidido, aunque no incondicional apoyo.

El MNR, el PRIN y el PDC afanosamente discutían los lineamientos de un acuerdo electoral, que, ni duda cabe, habría tenido alguna influencia en los centros urbanos y en los campamentos mineros. El general Escóbar tenía posibilidades de penetrar en el agro y dividir el voto campesino, considerado como el factor decisivo en toda elección. De esta manera el general Ovando corría serios riesgos, en el mejor de los casos (una victoria de ninguna manera aplastante) sería elegido Presidente de la República muy difícilmente. Contando con el apoyo del Alto Mando Militar no tenía más camino que eliminar a Siles Salinas, que se había convertido en un obstáculo para sus ambiciones.

El candidato de las Fuerzas Armadas no ocultó sus intenciones. En un discurso pronunciado en Santa Cruz expresó que el ejército sabría jugar su rol histórico si llegaba el caso de que el resultado de las elecciones pondría en riesgo la línea trazada a partir del golpe castrense de noviembre de 1964.

Periodistas al servicio de Ovando y del Nacionalismo, que tantos seguidores ha recolectado entre los intelectuales pequeño-burgueses, han recordado, en su afán de justificar históricamente el golpe militar, que Siles encarnaba un "régimen restaurador del pasado, débil, de política vacilante y definida como derechista"⁴. Contrastando con esta caracterización de su debilidad -Siles hacía el modestísimo papel del ratón tembloroso con el que jugueteaba regalón el gato con charreteras- se le asigna la siniestra misión de desnacionalizar las minas y torpedear la construcción de los hornos de fundición de estaño: "El gobierno (después del 27 de abril de 1969) pasó a manos del vicepresidente de la República, Luis Adolfo Siles Salinas, máximo representante del Partido Social Demócrata, partido del ingeniero Roberto Arce que había estado aplicando, desde 1964, la política contra la nacionalización de minas y, principalmente, la política contra la instalación de fundiciones de estaño estatales en Bolivia, o sea contra el plan del general Ovando.

"Una vez en el gobierno el PSD, la política del ingeniero Arce se profundizó y se iba a completar implacablemente. El retorno de Bolivia a una situación colonial estaba decretado. Conspicuos miembros que habían servido a la derecha, en aquello que se llamó "tiempos de la oligarquía", gobernaban el país. Las instituciones del Estado estaban dirigidas por esos personajes, y el país todo iba por un camino contrario a su destino".

Todo lo anterior parece haberse dicho para poner de relieve que Ovando era nada menos que el abanderado de las nacionalizaciones y de los hornos de fundición, que encarnaba la revolución y que por eso se oponía al derechista Siles: "Ovando impulsó, con pocos civiles revolucionarios, la negociación para instalar en Bolivia los hornos de fundición de estaño del Estado, como obra básica para solucionar el problema nacional.

"En agosto de 1966, Ovando entregó la Presidencia al general Barrientos, elegido primer mandatario en elecciones. Ovando se mantuvo como primer jefe de las Fuerzas Armadas, pero, en ningún momento, dejó de alentar las fundiciones de estaño, que empezaron a levantarse en Vinto".

Se trata de conclusiones interesadas, pues el general Barrientos tuvo su parte en el programa de las

3.- "Primicia", La Paz, octubre de 1969.

4.- "Confirmado Internacional", La Paz, octubre de 1969.

fundiciones de estaño; sin embargo, se da a entender todo lo contrario, pues se dice que si "desde agosto de 1966, la política de las fundiciones estañíferas marchaba bien" -se añade que esto era sólo aparente- "otra política económica tendía a torpedear esa instalación que, indudablemente, constituye la base de la independencia económica de Bolivia".

El sabotaje a las fundiciones estaba representado por el ingeniero Roberto Arce, asesor del general Barrientos: "posiblemente no comprendía que la política minera del ingeniero Arce estaba llevando sus buenas intenciones hacia el fracaso más absoluto". Debemos añadir que el 27 de abril de 1969 Ovando se declaró el continuador de Barrientos.

Cuando ya el piso se movía amenazadoramente bajo los pies del Presidente, éste volvió a reiterar su confianza en las fuerzas armadas y en su apego a la ley. Con todo, presa de vacilaciones y temores se fue a Santa Cruz con algunos de sus colaboradores. Al recibir la noticia del golpe de Estado se refugió en una casa particular y se tomó el tiempo necesario para convencerse que estaba perdido. Cuando nadie salió en defensa de la legalidad que representaba, tomó una avioneta el día 28 de septiembre y se trasladó al puerto chileno de Arica.

Augusto Guzmán, cuyo pensamiento y limitaciones se acomodaban perfectamente al democratismo de Siles, apenas si le dedica ocho líneas de su "Historia de Bolivia" de 465 páginas: "Luis Adolfo Siles Salinas, abogado, profesor universitario y político, nació en La Paz el año 1924. Ejerció la presidencia de abril a septiembre de 1969. Trató de completar el período del general Barrientos dentro la misma orientación política con un estilo legalista. Fue derrocado por un golpe militar notoriamente preparado en el comando de las fuerzas armadas".

Más para notificara la población acerca del advenimiento del nuevo estado de cosas que para amedrentar a los adversarios políticos, las tropas del ejército ocuparon los lugares más visibles de la ciudad de La Paz. Nadie atinó a salir en defensa del Presidente derrocado y su mismo partido tardó bastante en publicar la siguiente protesta:

"El Comité Nacional del Partido Social Demócrata ha preferido postergar hasta ahora la emisión del presente comunicado respecto de los acontecimientos políticos en vista del duelo nacional que acongoja a la Nación con motivo del accidente de aviación del Lloyd Aéreo Boliviano, pero considera que no es posible retener más tiempo la declaración contenida en los siguientes puntos:

Repudiar el golpe militar que ha roto la continuidad institucional del país en circunstancias en que el Presidente de la República ratificó su confianza al Comandante en Jefe y el Canciller de la República reafirmó en la más alta tribuna mundial, la Asamblea de las Naciones Unidas, la fe institucionalista de la Fuerzas Armadas.

Rechazar las imputaciones del "Presidente Revolucionario" general Alfredo Ovando quien, como justificativo del cuartelazo ha expresado que la "derecha afirmaba su posición y buscaba someter a la Nación a los monopolios extranjeros". Esta afirmación es absolutamente falsa ya que durante el régimen del Presidente Constitucional Dr. Luis Adolfo Siles S. no se enajenó ningún recurso natural. Por el contrario, fue durante el gobierno provisorio del general Alfredo Ovando C., cuando éste definió su posición al entregar la mina Matilde a un consorcio extranjero, en condiciones contractuales que el Dr. Siles Salinas se proponía modificar tal como lo anunció oficialmente.

"El Comité Nacional del PSD emplaza al general Ovando a probar su acusación.

"Esta acusación no constituye sino una cortina de humo para ocultar la verdadera razón del cuartelazo que fue el hecho de que el general Ovando, huérfano de opinión, vio perdida su elección presidencial.

Aunque la historia se encargará de dar su veredicto final sobre el corto paso del gobierno presidido por el Sr. Luis Adolfo Siles Salinas, entre los meses de mayo a septiembre del presente año, el Comité Nacional considera necesario señalar algunas de las realizaciones importantes logradas en los cinco escasos meses de su actuación:

"Asignación a YPF de todas las reservas fiscales y áreas libres potencialmente petrolíferas del país, haciendo imposibles nuevas concesiones a intereses privados y cancelando en el hecho el entreguista

Código del Petróleo, cuya "derogación" fue pomposamente anunciada después por el "Gobierno Revolucionario". Obtención de la entrega gratuita por parte de la Gulf Oil Co. de un volumen considerable de gas, el cual representará una poderosa palanca para promover la industrialización del país.

"Negociaciones ya avanzadas con Bolivian Gulf Oil Co, para implementar al máximo la participación del Estado en las utilidades de la empresa. Seguramente al concluir dichos acuerdos en poco tiempo más, el "Gobierno Revolucionario" se atribuirá también este éxito.

"Fiscalización de la Bolivian Gulf Oil Co., por intermedio de la empresa auditora para evitar la evasión de sus tributos.

"Aprobación de los planes de la Corporación Minera par la instalación de una fundición de bismuto en el sud de la República.

"Creación de la "Corporación de Desarrollo Rural" que permitirá profundizar la Reforma Agraria dándole su verdadero sentido económico y social y convirtiendo al campesino en un positivo factor de producción y de consumo.

"Iniciación de relaciones diplomáticas y comerciales con países del área socialista como la Unión Soviética, Checoslovaquia, Rumania, etc.

"La administración del Presidente Siles Salinas fue un régimen de libertad de garantías; de respeto a la dignidad humana y al derecho de libre expresión en una medida sin precedentes en los últimos tiempos. El Dr. Siles Salinas, con su amplia sensibilidad social, había llegado a todos los sectores populares, a quienes otorgó las más amplias garantías para la libre acción sindical.

"Se mantuvo dicho régimen a pesar de la constante acechanza de la subversión y la traición que el Presidente denunció varias veces.

"Finalmente, el Comité Nacional del PSD reafirma su solidaridad con el Dr. Siles Salinas y con los actos de su gobierno, caracterizado por la más intachable moralidad y rectitud legalista. Asimismo, reafirma su fe inquebrantable en el respeto a las normas constitucionales y en su credo socialdemócrata como el mejor medio para asegurar el desarrollo integral del país al margen de la violencia, en el ambiente de armonía, trabajo y concordia que busca todo el pueblo de Bolivia, campesinos, obreros, militares de honor, clase media, artesanos, profesionales, universitarios y gente de empresa para realizar sus anhelos de paz, de justicia y de progreso.

La Paz, 9 de octubre de 1969" ⁵.

6

EL CUARTELAZO DEL 26 DE SEPTIEMBRE DE 1969

El cuartelazo Comenzó a las dos de la madrugada y a las once del día 26 de septiembre todo el país estaba controlado por el nuevo gobierno. Las Fuerzas Armadas, en un mensaje especial, hicieron saber a los bolivianos que ellas habían tomado el control del aparato estatal. Ese mensaje ingresa a la historia con el nombre de "Mandato Revolucionario" y que, por tanto, debía extenderse como un programa del que no podían salirse los gobernantes. Reproducimos todo el texto:

"Las Fuerzas Armadas de la Nación mediante esta decisión institucional, se ponen al servicio de la Revolución y comprometen su concurso en la lucha por la justicia social, por la grandeza de la patria y por la auténtica independencia nacional hoy en riesgo de zozobrar por el sojuzgamiento extranjero.

"Las Fuerzas Armadas advierten la necesidad inaplazable de enfrentar la anarquía desde un gobierno verazmente revolucionaria que oponga la revolución integral al simple uso de la violencia que se agota en sí misma; que realice una rápida y profunda transformación de las estructuras económicas, sociales,

5.- "Los Tiempos", Cochabamba, 11. de octubre de 1969.

políticas y culturales para enfrentar la dependencia, la pobreza, la desorientación y la ignorancia. Sólo un gobierno semejante podrá evitar la polonización y la vietnamización de Bolivia y una nueva y estéril inmolación fratricida.

“Se instituye el Poder Revolucionario para poner fin a un orden seudo democrático, antinacional y falsamente estable, caracterizado por:

“La intervención armada extranjera en forma de guerrillas, que intenta suplantar la necesidad y voluntad de cambio de nuestros compatriotas por la acción terrorista que ignora nuestra tradición revolucionaria y pretende mutilar el derecho que los bolivianos tenemos a determinar nuestros propios caminos de cambio y de independencia.

“La existencia de un gobierno que, infiltrado por la “rosca” e ideológica y prácticamente dependiente de la reacción y la derecha, está descalificado para librar la batalla nacional contra la aventura terrorista y contra el atraso y la dependencia. Su permanencia en el poder, en oscura, contradictoria e indirecta connivencia electoralista con grupos políticos seudo izquierdistas habría agravado la descomposición política y social del país y creado las condiciones para el retorno a un orden de gobierno ya superado y que se caracterizó por sus resultados de ruina y de mayor dependencia.

“La pretensión de imponer a las Fuerzas Armadas una conducta de prescindencia y de neutralidad y de someternos a la pasiva expectación de una competencia electoralista de la que no surgiría un Estado vigoroso con capacidad de acción revolucionaria orgánica. La aceptación de esta conducta habría demostrado a la Institución Militar como imprevisora, indigna de su responsabilidad o ignorante de la compleja realidad social.

“La comprobación de la existencia de un plan antinacional por el que, con el estímulo del Poder Ejecutivo, se intentaba un enfrentamiento entre civiles y militares con el propósito de evitar la integración política de las fuerzas revolucionarias. Este plan buscaba aviesamente una alternativa electoral para la derecha y la consolidación de su poder económico y político, sin advertir que su ejecución favorecía al aventurerismo de la izquierda infantil y a los traidores de la Revolución Nacional.

“En consideración de estas circunstancias y convencidas de que sin su intervención la Patria habría sido arrastrada a la contrarrevolución o a la anarquía, las Fuerzas Armadas de la Nación han decidido encomendar al general Alfredo Ovando Candia, por su probada posición revolucionaria, su ejemplar trayectoria militar y su experiencia y dotes de estadista, la presidencia y organización de un Gobierno Revolucionario civil militar que procure la unidad nacional y la integración de los trabajadores, campesinos, intelectuales y soldados, en la gran línea del nacionalismo económico, la justicia social y el desarrollo liberador.

“El desarrollo de un país que, como Bolivia, pertenece al área de la miseria y la dependencia no puede basarse en un sistema exclusivamente capitalista ni en un sistema excluyentemente socialista, sino en el modelo revolucionario nacional, donde coexiste la propiedad estatal, la propiedad social cooperativa y comunitaria de los medios de producción y la propiedad privada.

“La opresión externa afecta a todas las clases sociales y deforma el ser nacional. De esta realidad surge la necesidad de la alianza social por la Revolución Nacional que es la vía del desarrollo e independencia de los pueblos pobres del mundo.

“El desarrollo no es un fin en sí mismo, por cuya obtención deban sacrificarse la dignidad humana y la soberanía nacional, sino un instrumento para la conquista de la independencia nacional y la implantación de la justicia social en Bolivia.

“Guiada por estos principios, la acción nacional del Gobierno Revolucionario deberá encausarse en las siguientes direcciones en procura de estos objetivos:

- “1. Asegurar la soberanía de la Nación sobre las fuentes de producción del país. En resguardo de este objetivo, recuperar las riquezas naturales enajenadas en condiciones lesivas al interés nacional o disponer una justa participación del Estado en la explotación de las mismas.
- “2. Consolidar, extender y diversificar la industria minera; asegurar el establecimiento de fundiciones y

- refinerías para los minerales de producción nacional y procurar el establecimiento de la industria pesada.
- “3. Planificar y ejecutar una política económica que tienda a la sustitución del financiamiento externo, incentivando la capacidad económica reproductiva nacional.
- “4. Definir una política monetaria en consonancia con el Plan General de desarrollo económico nacional. Racionalizar las importaciones y determinar un orden prioritario y selectivo en el empleo de divisas con vista a su mejor utilización en fines reproductivos. Proteger a la Banca Nacional.
- “5. Reorganizar la estructura del comercio exterior de minerales y metales.
- “6. Proteger el capital nacional y otorgar garantías a la inversión privada extranjera, cuando ésta contribuya real y efectivamente el desarrollo de la economía nacional y en estricta observancia de nuestras leyes.
- “7. Proteger la industria nacional y extender la política de sustitución de importaciones.
- “8. Adoptar medidas responsablemente eficaces para elevar los sueldos y salarios de los trabajadores mineros y estudiar el pronto mejoramiento y la racionalización del régimen salarial del país.
- “9. Velar por el derecho que tiene el obrero de recibir, en justicia, una participación en la utilidad proporcional a su esfuerzo.
- “10. Encarar el problema de la desocupación y de la subocupación mediante la adopción de un plan destinado a la creación de nuevas fuentes de trabajo y la sistematización de las existentes.
- “11. Desarrollar un plan de construcciones que tienda a eliminar el déficit habitacional, canalizando la política crediticia en el sentido y las posibilidades populares e incentivando la acción directa comunal de autoayuda.
- “12. Instaurar un régimen de la más escrupulosa moralidad administrativa y de severo ahorro de recursos materiales y servicios en los sectores de la economía estatizada y de la administración pública.
- “13. Reestructurar la economía rural con la organización cooperativa y mecanizada de la explotación agropecuaria y la popularización del crédito agrícola de fomento
- “14. Desarrollar como un objetivo nacional prioritario la revolución industrial en la explotación de la agricultura y la ganadería.
- “15. Adoptar una política internacional independiente basada en el derecho irrenunciable del “Estado Nacional” a determinar libre y soberanamente su propia política exterior. Establecer relaciones diplomáticas y económicas con los Estados socialistas, relaciones fundadas en el interés recíproco, en la necesidad de cooperación y resguardando el principio de la no intervención en asuntos internos. Fijar como misión fundamental de nuestra política exterior la contribución del país a la causa de la unidad política y económica de la América Latina.
- “16. Sostener el sagrado derecho de la Nación a la reintegración marítima.
- “17. Movilizar el país para la lucha contra el analfabetismo, comprometiendo en esta empresa el mayor esfuerzo del Estado.
- “18. Defender la cultura del país exaltando los valores de la cultura popular y de la tradición india y mestiza, orientándola hacia la formación, particularmente en la juventud, de una sana conciencia de independencia y orgullo nacionales y de amor a la Patria y al Pueblo.

La Paz, 26 de septiembre de 1969”.

Vale la pena consignar los nombres de los firmantes de este documento, pues muchos de ellos jugaron un rol de importancia en los acontecimientos políticos posteriores. La lista aparece encabezada por el general de Brigada Juan José Torres Gonzáles, que un año después

llegará a la Presidencia de la República como uno de los hombres de Ovando y, acaso empujado por el desarrollo de los acontecimientos, intentará jugar su propio juego.

Luego siguen los generales de Brigada César Ruiz Velarde; León Kolle Cueto; Rogelio Miranda, que se rebelará, a la cabeza de un grupo uniformado fascista, contra el Presidente Ovando; David Lafuente Soto; Fernando Sattori y el Contraalmirante Alberto Albarracín, que formarán parte del fugaz triunvirato gorila de octubre de 1970; Capitán de Navío Orlando Roca Castedo.

Alfredo Ovando Candia fue declarado revolucionario y estadista por excelencia, cualidades por las cuales el ejército le encargó presidir y organizar un gobierno revolucionario civil-militar. Sin embargo, un año después, y siguiendo una tradición dentro del ejército, esas mismas Fuerzas Armadas decretaron su caída del poder mediante un plebiscito de la alta jerarquía castrense. En 1936, el coronel David Toro fue ungido Presidente por voluntad del Alto Mando Militar y esta misma organización lo depuso un año después; el revolucionario de ayer resultó un traidor. En 1970, el general Tórres llega al poder porque logra inclinar la correlación de fuerzas dentro del ejército en su favor y cae cuando pierde el apoyo de los jefes con mando de tropa. De estos antecedentes es posible sacar una conclusión política de importancia. La declaratoria de revolucionario o contrarrevolucionario ha determinado jefe militar que cumple algún papel político no debe tomarse como una definición ideológica, sino como un simple y necesario pretexto para justificar y encubrir ciertos actos consumados por la jerarquía castrense. Las Fuerzas Armadas carecen de ideología propia y de un programa político, aunque, en ciertos momentos, jueguen un papel partidista, intentando así suplir el vacío político originado en la clase dominante, formado, nutrido y dirigido por ésta, refleja a su modo, es decir de una manera por demás particular, la lucha de clases. En el caso de nuestro ejército sirve los intereses del imperialismo, de la burguesía nacional y en el futuro, tendrá que disolverse en servicio de la victoria y política proletarias. En ninguno de los casos mencionados elabora una teoría y programas particulares, sino que toma prestadas las ideas de otras organizaciones y movimientos, sin dar mayor importancia a las cuestiones ideológicas y programáticas. Si de una manera general las Fuerzas Armadas no pueden desarrollar consecuentemente una línea política clasista particular, extraña a las clases en pugna dentro de la sociedad; en Bolivia, los sectores uniformados más avanzados se empeñan por sustituir a la pequeña burguesía nacionalista, pues los otros, los gorilas, no son más que dóciles instrumentos en manos de los yanquis, lo que tampoco es una novedad desde el momento que no hace más que reproducir una tradicional conducta de la clase dominante.

El llamado "Mandato Revolucionario" de las Fuerzas Armadas fue un documento cuidadosamente redactado para dar la impresión de que el movimiento de 26 de septiembre estaba dirigido tanto contra la extrema izquierda "aventurera" como contra la restauración rosquera. Dos eran los destinatarios, diametralmente opuestos, de las frases rebuscadas: el imperialismo norteamericano, al que no había que espantar a fin de que continuasen viniendo los inversionistas, y, por otro lado, las masas mayoritarias, cuyo apoyo se buscaba afanosamente.

Aunque se habla de que el golpe militar estuvo también dirigido contra un gobierno infiltrado por la rosca e ideológica y prácticamente dependiente de la reacción", lo cierto es que se buscó su verdadero justificativo en la urgente necesidad de aplastar a la izquierda extremista y de arrancarle el control de las masas.

La verdadera filiación del gobierno militar se encuentra en el siguiente párrafo:

"El desarrollo de un país que, como Bolivia, pertenece al área de la miseria y la dependencia no puede basarse en un sistema exclusivamente capitalista ni en un sistema excluyentemente socialista, sino en el modelo revolucionario nacional..."

Una postura pretendidamente sociológica, aunque no es más que descriptiva (la miseria y la dependencia), sirve de punto de partida para colocar en el mismo nivel al capitalismo y al socialismo, como sistemas sociales que harían imposible el desarrollo de los países atrasados. Una revolución que desemboque en el gobierno obrero (es esta posibilidad la que niega el Mandato Revolucionario) no depende del mayor o menor grado de miseria de un país, sino de su evolución política, de la madurez de la clase obrera. Si por dependencia se entiende el sometimiento a la explotación y opresión imperialistas, es absurdo sostener que esta situación se convierte en obstáculo insalvable para la búsqueda del socialismo; contrariamente, sólo la clase obrera en el poder puede asegurar se efectivice la liberación nacional como una de las tareas de la revolución acaudillada por ella.

Los jefes militares firmantes del documento definen, de una manera indirecta, lo que ellos llaman nacionalismo revolucionario: sería una línea intermedia entre capitalismo y socialismo, algo así como la "tercera posición" del peronismo y un poco más a la derecha que las posiciones explanadas por Velasco Alvarado, que se había convertido en el obligado y máximo punto de referencia de todas las posturas nacionalistas. Esta actitud no era ninguna cosa nueva, se trataba de una reiteración del nacionalismo pequeño-burgués, que tenía un indiscutible contenido burgués. Lo que buscaba, en realidad, era el desarrollo del país dentro de los estrechos límites democráticos, capitalistas, reordenando las relaciones con el imperialismo y acentuando las tendencias estatistas que permitiesen poner orden en la economía caótica, lo que importaba meter las manos en los negocios privados.

Las nacionalizaciones fueron presentadas como una excepción de una política de corte capitalista. Si desde este punto de vista el Mandato Revolucionario de las Fuerzas Armadas no era más que una prolongación de la política iniciada por el MNR, que, por otra parte, se distinguió por su temeridad verbal, no alcanzó a los proyectos y realizaciones del primer gobierno de Víctor Paz. Se podría argüir que las minas ya estaban estatizadas; pero, resulta difícil cerrar los ojos ante la declaración de que la máxima aspiración del gobierno militar consistía en "recuperar las riquezas naturales enajenadas en condiciones lesivas al interés nacional..." No se trataba, como se ve, de expulsar al capital financiero mediante la estatización de las riquezas naturales que le fueron entregadas, sino anular las concesiones hechas en "condiciones lesivas", lo que llevaba a la conclusión que habían algunas concesiones hechas al imperialismo que por ser beneficiosas debían ser respetadas. Se estaba a un paso de la teoría que sostiene que el capitalismo se inspira en principios éticos y que hay uno malo y otro bueno. La misión del nacionalismo no sería otra que descubrir al capitalismo bien intencionado para abrirle las puertas del país. Se olvidó que el capital financiero lleva en sus entrañas no sólo la tendencia a penetrar en todos los rincones del mundo, sino a explotar y oprimir políticamente allí donde llega, no como resultado del abandono de principios morales sino debido a su propia naturaleza. Ovando y sus compañeros dijeron con toda claridad que su objetivo no era otro que nacionalizar alguna empresa odiada por la opinión pública, concretamente la Gulf Oil, y "otorgar garantías a la inversión extranjera, cuando ésta contribuyera real y efectivamente al desarrollo de la economía nacional y en estricta observancia de nuestras leyes". Se puede siempre demostrar, si se quiere, que una inversión foránea contribuye al desarrollo, etc. La liberación nacional consiste en cortar las ataduras del país con referencia al imperialismo, ataduras que tienen, ni duda cabe, naturaleza económica y política. El Mandato Revolucionario declaró paladinamente que no deseaba consumir la liberación nacional, sino simplemente reordenar las relaciones de Bolivia con la metrópoli imperialista.

En resumen: el gobierno Ovando fue burgués nacionalista, que momentáneamente se desplazó hacia la izquierda para luego retornar a las posiciones derechistas.

Los propagandistas del nacionalismo se apresuraron en lanzar la consigna, repetida hasta el cansancio, de que el general Ovando sería un otro Velasco Alvarado, llamado a sellar un frente ideológico con el gobierno del vecino país. "La histórica Confederación Perú-Boliviana -dice el editorial de "Primicia"-, ha cobrado vigencia ante el anuncio de ejecutar una revolución que conforme junto con Perú una real y verdadera confederación ideológica de los dos países" ⁶. Un comentario de "Confirmado Internacional" lleva el sugerente título de "Ovando, ¿otro Velasco Alvarado?" y añade que los anuncios de abrogación del "Código del Petróleo, la ley antisindical del PDC, y una serie de medidas que le daban la fisonomía de un gobierno tipo Velasco Alvarado del Perú" ⁷. El flamante equipo gubernamental no ocultó su ambición de identificarse ideológicamente con Velasco Alvarado y de realizar una acción común con el Perú. Uno de los periodistas testaferreros del régimen escribió: "el gobierno de Ovando Candia tenía el propósito de conformar una confederación ideológica con la Junta Revolucionaria del Perú... En honor a la verdad debemos reconocer que hoy por hoy, el gobierno de Velasco Alvarado se encuentra en una posición antiimperialista bastante más definida. Recordemos que la violenta ocupación de Talara, la nacionalización de la IPC y la agudización del problema pesquero definieron a la Junta Peruana desde sus inicios. Con referencia a las medidas adoptadas en nuestro país, si bien expresamos nuestra absoluta complacencia e identificación con ellas, debemos admitir que ninguna afectó todavía a los intereses de los consorcios extranjeros" ⁸ Los gobiernos burgueses tipo Velasco rápidamente adquieren un carácter bonapartista, que también, aunque momentáneamente, distinguió al de Ovando.

El supuesto ensayo velasquista criollo muy pronto mostró su verdadero rostro derechista y concluyó en

6.- "Primicia", La Paz, octubre de 1969.

7.- "Confirmado Internacional", La Paz, octubre de 1969.

8.- "Con el ceño fruncido", por Lino Tipo, en "Confirmado Internacional", octubre de 1969.

manos del gorilismo fascista.

Los obreros combatieron sin tregua contra la reglamentación sindical dictada bajo el gobierno de Barrientos y con directa participación del PDC. La odiada disposición fue derogada; pero, para ser luego sustituida por las normas contenidas en la circular firmada por el Ministro de Trabajo Mario Rolón Anaya -considerado por algunos como el estratega de la revolución ovandista- y hecha conocer el 27 de octubre de 1969 y que en nada tiene que envidiar a la política social explanada por el gorila Bánzer dos años después. El documento de referencia dice en sus partes principales:

"El Ministerio no aceptará ninguna solución social bajo presión o acción de fuerza. En consecuencia, en los casos concretos de los arrendatarios de minas el anteproyecto de ley ya presentado se procesará mientras los mineros devuelvan los parajes que tomaron arbitrariamente". En esos días trabajadores arrendatarios se encontraban en conflicto con Comibol y habían ocupado, a viva fuerza, algunos parajes de la empresa. La actitud de los obreros estuvo impulsada, en cierta manera, por las promesas democratizantes y obreristas del nuevo gobierno, que, al afrontar el problema, dio pruebas de su decisión de arreglar los conflictos sociales sin tomar debida cuenta de los intereses obreros.

Uno de los afanes de Rolón Anaya fue el de sentar el precedente de que se rechazase toda presión que pudiesen ejercitar las masas sobre las autoridades, punto de vista grato a los empresarios y a los inversionistas, pues se consideraba, y aún se considera, uno de los elementos decisivos de la estabilidad social: "Los votos de amparo y resoluciones de apoyo pseudo-sindicales no serán tomados en cuenta una vez que constituyen el retorno a los antiguos sistemas de presión artificial a través del abuso de masas o bases por parte de dirigentes o autoridades que pretenden encubrirse "popularmente" con votos o resoluciones fraguados". El Mandato buscaba también complacer, o por lo menos neutralizar, a la empresa privada.

Parecía que la Cámara de Industrias hablaba por boca del Ministro de Trabajo cuando éste sentó la premisa de subordinación de toda mejora salarial a las posibilidades de cada empresa y del rechazo de movimientos salariales generales y de carácter nacional: "No hay aumentos generales de salarios. Sin embargo, todas las peticiones se procesarán en forma individual estudiando las condiciones de cada empresa y de cada sector de trabajo". Se estaba saliendo de la negra noche barrientista, que utilizó la violencia para mantener congeladas las remuneraciones y Ovando insistía en esta política con argumentos sutiles.

Se trataba de pasar del sindicalismo clandestino al tradicional régimen laboral en el que, pese a todos los obstáculos y las presiones gubernamentales, concluye imponiéndose la voluntad de las bases. El ministro ovandista no ocultó su decisión de amañar a su antojo al movimiento sindical, seleccionar a los dirigentes e imponerles algunas normas ideológicas, propósito que siempre ha encontrado la terca resistencia opuesta por una rica y larga tradición de independencia de clase: "Los organismos sindicales gozan de absoluta libertad para organizarse (esta pretendida "absoluta libertad", era en realidad, una libertad condicionada, G.L.) en forma democrática, en busca de una auténtica representación popular... El gobierno no intervendrá en las direcciones sindicales, tampoco convalidará organizaciones o direcciones autonombradas... Los trabajadores deben elegir nuevos personeros (lo que equivalía a vetar a la experimentada y politizada vieja dirección, es decir, a seleccionar dirigentes afectos al oficialismo, G.L.). Los dirigentes profesionales y las personas que son auténticos trabajadores, igualmente, los agitadores con membrete laboral, deben abstenerse de intervenir en los organismos sindicales que requieren de su propio encausamiento a través de los verdaderos trabajadores de base". La política sindical así esbozada, bien puede considerarse antiobrera y de corte gorila, en cierta medida subordinada a la tendencia que busca estatizar los sindicatos.

Por si todo esto fuera poco, Rolón Anaya arremetió contra la sindicalización de los empleados públicos, una reivindicación secularmente enarbolada por los explotados: "La sindicalización de los funcionarios públicos está prohibida por la Ley General del Trabajo y por el Estatuto del Funcionario Público ... la sindicalización de los funcionarios públicos deforma el verdadero sentido del sindicalismo".

Se señalaron con claridad las normas a las que debía sujetarse, según el Ministerio de Trabajo, la reorganización sindical (los obreros habían luchado tenazmente por la conquista de las garantías sindicales y democráticas necesarias para el libre funcionamiento de las entidades laborales): "La Federación de Mineros debe reorganizarse en las minas a través de un ampliado, al que puede convocar con absoluta

libertad cualquier distrito. Lo propio debe ocurrir con la COB... No puede atribuirse la dirección sindical ninguna persona. Los dirigentes deben surgir de los cuadros de base a través de ampliados y congresos nacionales y en elecciones probadamente democráticas por los mismos obreros”.

“El Ministerio de Trabajo ha de cuidar responsablemente del mantenimiento del orden social, sin parcialización ni intervención en ninguno de los sectores de la producción y del trabajo, bajo una estricta aplicación de las leyes. Un Estado revolucionario persigue la transformación de estructuras, no la destrucción de las mismas y mucho menos el desorden y el caos.

“No se permitirá el retorno a la anarquía, a la prepotencia y al desorden de parte de las empresas (sic) y de las organizaciones laborales que antes de ahora causaron graves perjuicios a la clase trabajadora y a las fuentes de producción con el empobrecimiento general del país y con ello, con una mayor miseria de los sectores populares... No se permitirá el retorno del superestado de las empresas ni el superestado los sindicatos”⁹.

A ese tipo de sindicalismo dependiente de las decisiones gubernamentales se refería el general Ovando cuando en el distrito minero de Telamayu, el 29 de octubre de 1969, dijo que “reconoce a los sindicatos” y que la Federación de Mineros debía llamar a elecciones.

Leyendo la circular firmada por Rolón Anaya se podría pensar que se trató de una prueba incontrovertible del carácter bonapartista del gobierno militar, oscilante entre los empresarios y los obreros, pero bien pronto se inclinó inconfundiblemente hacia los patrones. Conocemos bien al que entonces oficiaba de Ministro de Trabajo para darnos cuenta que toda vez que se refería a los empresarios y a sus inclinaciones anárquicas lo hacía para encubrir su no desmentido antiobrismo.

La Federación de Mineros se apresuró en expresar públicamente su repudio a la reglamentación sindical antiobrera contenida en la circular del Ministro de Trabajo y reiteró su decisión de defender la independencia de clase e impedir toda ingerencia gubernamental en el campo laboral.

En la IV conferencia de la Central Obrera Departamental de La Paz, realizada a fines del mes de octubre de 1969, se acordó, entre otras cosas, pedir al gobierno la expulsión de la ORIT, CETRA y otras organizaciones dependientes del imperialismo, que actuaban bajo el pretexto de impartir educación sindical; el retiro de las tropas del ejército de los centros mineros; la reincorporación de los despedidos por motivos político-sindicales; el retorno de Lechín, que a la sazón se encontraba desterrado. El 1º de noviembre la COB reiteró el pedido de expulsión de la ORIT y de otras entidades similares¹⁰. El gobierno cedió a la presión de los sindicatos obreros y decidió acentuar su fisonomía obrerista a un costo no muy elevado, el marginamiento de la ORIT. En efecto, el día 2 de diciembre se invitó al representante de la ORIT en Bolivia, el mejicano Juan José Osorio, a abandonar el país. Rolón Anaya en sus declaraciones a “Presencia” dijo: “El gobierno boliviano es revolucionario y se identifica con la clase obrera... La medida contra la ORIT fue tomada para prevenir toda ingerencia nacional o internacional en las organizaciones sindicales”.

El Presidente Ovando en su mensaje del 31 de octubre, aniversario de la nacionalización de las minas, reiteró su adhesión y respeto a los principios de la libertad sindical y anunció solemnemente el retiro de las tropas del ejército de los lugares de trabajo. En el mismo discurso advirtió que no habría aumentos salariales; los obreros habían convertido en una de sus consignas centrales la reposición de los salarios a los niveles de mayo de 1965.

El 2 de noviembre la prensa publicó la decisión de los maestros de pedir una mejor de sus sueldos, al mismo tiempo que se oponían al sistema cooperativista en la educación fiscal, que por entonces resultó el tema favorito de los aficionados a la reforma educacional. Se perfiló en el horizonte la amenaza de huelga de los mineros pidiendo la reposición de sus salarios disminuidos por el gobierno Barrientos. A los seguidores de los generales se les antojó una actitud contraproducente: “Para los grupos llamados de intelectuales o de elite intelectual, como el caso de los maestros, no es secreto que la economía nacional poco menos que anda en los bordes de la quiebra, pero, sin embargo, son precisamente ellos quienes exigen al Tesoro Nacional que fabrique mejoras para sus cuadros sindicales. Los mineros, que hasta la

9.- “Presencia”, La Paz, 28 de octubre de 1969.

10.- “Presencia”, La Paz, 2 de noviembre de 1969.

muerte del General Barrientos se encontraron ante la opresión de un régimen de fuerza apenas logran su apertura democrática amenazan con el fantasma de la huelga para lograr la reposición de sueldos y salarios”¹¹.

La derogatoria del Código Davenport no pasó de ser una formalidad, pues prácticamente había caído en desuso.

El gobierno de Víctor Paz, con ayuda del programa imperialista llamado Punto IV, contrató los servicios de la empresa de abogados norteamericana Davenport, Evans y Fernández, para la redacción del Código del Petróleo que fue promulgado en 1956. Se trató de una medida destinada a atraer capital financiero a cambio de la entrega de la riqueza petrolífera, es decir, de una actitud claramente proimperialista que no mereció la repulsa pública de ningún jerarca movimientista, ni siquiera del líder obrero Lechín.

Cuando se dictó el Código tan discutido estuvo en Bolivia, y no por casualidad ciertamente, Henry Holland, abogado de consorcios petroleros y a la sazón Secretario Asistente de Estado para Asuntos Latinoamericanos.

La CEPAL comentó que el Código Davenport, “aunque manteniendo la dominación directa (del Estado) sobre el petróleo... permite la intervención del capital privado en las actividades petroleras...”

Juan Fernández Solís, abogado de la Gulf, buscando subrayar las bondades del Código pro-imperialista anotó que “El objetivo del Código era establecer la base “mitad y mitad” en las relaciones entre el Estado y las empresas privadas alrededor del aprovechamiento de la producción de petróleo, aunque la fórmula no aparece escrita con claridad en el mencionado cuerpo legal.

El acto más trascendental del gobierno Ovando fue, ni duda cabe, la reversión en favor del Estado de las concesiones petroleras hechas a la Gulf Oil Cía. El 17 de octubre de 1969 fue dictado el decreto respectivo y que tuvo resonancia nacional e internacional. Esta medida marca el punto más elevado de la osadía y capacidad de realización del gobierno militar. Demás está decir que esta estatización (algunos ministros civiles del gobierno burgués, entre ellos Marcelo Quiroga, desarrollaron la peregrina teoría de que capitalismo de Estado era sinónimo de socialismo) fue realizada bajo la promesa de una “justa” compensación. En pequeño se quiso reeditar la nacionalización de las pertenencias de la IPC del Perú: efectivos militares ocuparon las oficinas de la Gulf, situadas en la céntrica avenida Santa Cruz, a pocos metros del tradicional paseo de “El Prado”. El remedio adquirió caracteres de farsa. Por breve tiempo dominó el terror en los medios capitalistas y bursátiles; hubo necesidad de cerrar oficialmente los bancos para poner atajo a una espectacular “corrida de dólares”. El equipo ministerial se frotaba las manos de contento: su imagen aparecía como inconfundiblemente antiimperialista. Una sistemática campaña anti-ovandista fue difundida desde los círculos próximos al capital financiero.

El 29 de octubre fue solemnemente posesionada la comisión encargada de inventariar los bienes de la Gulf y que estaba constituida por representantes de los Ministerios de Minas y Petróleo y de Hacienda, de YPF, de la Gulf y de la Federación de Petroleros.

La prensa del 30 de octubre registró la noticia de que la empresa norteamericana Gulf Oil Cía. exigió al gobierno de Washington que aplique la enmienda Hickenlooper contra el gobierno boliviano, sindicado de haber atentado contra los intereses de los inversionistas de los EE.UU. Al día siguiente, 31 de octubre, el Ministro de Minas dio una respuesta que denunciaba el afán del gobierno de capitalizar políticamente en su favor la campaña desencadenada por los consorcios contra la nacionalización de las pertenencias de la Gulf: “El gobierno llamará a una movilización nacional para la defensa del país frente a la agresión económica yanqui y a la piratería de la Gulf”¹². Esta movilización, que ciertamente no se operó y no fue motorizada ni dirigida por el equipo ministerial, habría fortalecido momentáneamente al gobierno “nacionalista”, pero bien pronto habría permitido a la clase obrera colocarse a la cabeza de ese movimiento antiimperialista y amenazar a la propia estabilidad del gobierno Ovando.

Los consorcios extranjeros lograron cerrar por algún tiempo los grifos de la comercialización del petróleo boliviano. El gobierno se orientó a entrar en tratativas directas con los países compradores de hidrocarburos, a fin de romper el cerco. Los contactos con la Argentina no dieron resultados positivos, pues este país expresó que vería con simpatía un arreglo amigable con la Gulf, esto se desprende de

11.- “Confirmado Internacional”, La Paz, julio de 1970.

12.- “Presencia”, La Paz, 1º de noviembre de 1969.

las declaraciones de Marcelo Quiroga Santa Cruz (18 de noviembre de 1969), que juntamente con otros dos ministros se trasladó a Buenos Aires: "El gobierno argentino acordó revisar el acuerdo sobre el gas, pero parece no estar dispuesto a adoptar un gesto de solidaridad con la nación hermana (por ejemplo, importar algunos millares de barriles de petróleo suplementarios por día) y todavía menos afrontar la conspiración internacional de los petroleros. Buenos Aires preferiría que el gobierno boliviano negocie un acuerdo con la Gulf y se declara dispuesto a ofrecer, en este caso, sus buenos oficios" ¹³.

La situación por momentos se tornó dramática: el 26 de octubre se suspendió el bombeo de petróleo a Arica por encontrarse llenos los tanques de almacenaje. La producción diaria quedó reducida a 20.000 barriles, de los cuales se consumían 12.000 dentro del país y se exportaban 8.000 a la Argentina. La extrema fragilidad de la economía boliviana quedó al descubierto, una vez más. La producción y exportación de hidrocarburos importaba y todavía importa un mínimo porcentaje con relación a la comercialización del estaño, por ejemplo.

Las garantías democráticas, una vez derogada la Ley de Seguridad del Estado, fueron devueltas a medias y el movimiento sindical se incorporó rápidamente a la lucha.

La Revolución del 9 de abril de 1952 fue para la izquierda boliviana la piedra de toque en lo que se refiere a la actitud a adoptarse frente a los movimientos nacionalistas pequeño-burgueses y a otras cuestiones. Sin embargo, el problema volvió a plantearse una y otra vez en nuestra historia. Ante el gobierno Ovando irrumpieron en el escenario las ya tradicionales tendencias en las que se divide el marxismo.

El Partido Obrero Revolucionario, que tan estoicamente había soportado la represión barrientista, tipificó al golpe del 26 de septiembre como un cuartelazo concebido y ejecutado a espaldas de las masas, como una de las variantes del ciclo nacionalista inaugurado por el MNR. No confundió a Ovando con Barrientos, pero señaló las inevitables limitaciones de las medidas democratizantes, de la nacionalización de la Gulf y de sus protestas estatistas. Los avances de la democracia y del mismo capitalismo de Estado sólo podían concebirse como obra de la clase obrera dueña del poder político. Por tratarse de un nuevo intento de realización del nacionalismo democrático, era deber primordial de los revolucionarios alertar a las masas acerca de la inevitable capitulación ante el imperialismo; no despertar ilusiones acerca de su consecuencia política o de su capacidad de realización de su propio programa. A eso hubiera conducido el apoyo llano y simple a las medidas gubernamentales consideradas positivas, sin que esté acompañado de un análisis crítico de sus inevitables limitaciones y peligros congénitos. Imperante en el país un régimen que gustaba llamarse a sí mismo nacionalista revolucionario y antiimperialista, los poristas creyeron oportuno acentuar su propaganda en favor de la independencia de clase y de un programa propio del proletariado, expresión de sus intereses históricos. Esta actitud impidió que los obreros se sumasen al gobierno y deliberadamente se señaló que la presión de las masas no era un recurso suficiente para transformar a Ovando en socialista. Muchas de estas ideas están contenidas en la Tesis Política aprobada por el Cuarto congreso de la COB.

Una posición diferente y hasta opuesta fue adoptada por el Partido Comunista, que esta vez comenzó defendiendo sus ideas tradicionales con referencia a los movimientos nacionalistas democráticos. Con posterioridad se aproximó mucho a la línea trotskista, hecho que contribuyó a que olvidase lo que el stalinismo comenzó sosteniendo acerca del gobierno de Ovando. Tenemos a mano su "Declaración" de octubre de 1969 ¹⁴, documento que nos permite establecer su posición con toda exactitud.

La "Declaración" comienza atribuyendo al "levantamiento militar" del 26 de septiembre "el inicio de un proceso de reforma y cambio, proceso que buscaría desandar el viejo camino reaccionario iniciado en la gestión movirrientista y culminado violentamente en el régimen de mayo de 1965 (tales elementos están expresados en el Mandato de las FFAA; la derogatoria de la Reglamentación Sindical; la derogatoria del Código del Petróleo; la declaración sobre política exterior; la derogatoria de la Ley de Seguridad del Estado)". Para el stalinismo se trataba cuando menos de una rectificación de las desviaciones derechistas de los últimos años de los gobiernos movimientistas, de manera que permitían retomar las corrientes puras que arrancaban de abril de 1952. Ya sabemos que con motivo de esta revolución el PCB consumó una completa capitulación ante la pequeña-burguesía nacionalista y en 1969 debuta reeditando la misma postura. Se habla llanamente de "un proceso de reforma y cambio", acentuando la tesis se le asigna esa finalidad al apoyo militante de las masas a los gobiernos nacionalistas y se cree que así se puede llegar al

13.- "Presencia", La Paz, 18 de noviembre de 1969.

14.- "Hoy", La Paz, 8 de octubre de 1969.

socialismo. Si no se añade, de manera ineludible, que ese proceso de reforma y cambio tiende a detenerse en los límites capitalistas, como consecuencia de los intereses de clase que representa el gobierno militar (y estos intereses hacen que, en último término, el nacionalismo concluya identificándose con el imperialismo opresor; ciertamente que la política revolucionaria tiene que tomar en cuenta también las actitudes anti-metrópoli a que se ve empujada la burguesía nacional y su sucedánea pequeño-burguesa), se corre el riesgo de apoyar la política burguesa.

Seguidamente dice el PCB: Ovando "abre las posibilidades reales para el proceso de cambios en el sentido democrático, progresista, con cierto contenido patriótico, de soberanía, si esta gestión vertical encuentra su identidad con fuerzas sociales que la motoricen e impongan". Como se sabe, el stalinismo considera indispensable el cumplimiento del proceso "democrático" antes de que la clase obrera pueda plantearse y consumir la revolución socialista. Si Ovando era capaz de cumplir tal tarea, nada más lógico que prestarle el necesario apoyo, a fin de motorizar su acción e imponerle el cumplimiento de los propósitos anunciados en el Mandato Revolucionario. De esta manera se llega a la conclusión de que la diferenciación entre el nacionalismo "revolucionario" del gobierno castrense y las posiciones stalinistas era mínima, que de ninguna manera podía justificar la beligerancia entre ambas fuerzas.

A esas conclusiones se llega con la ayuda "teórica" de que la contradicción fundamental en Bolivia no es otra que la existente entre nación oprimida e imperialismo (no entre imperialismo y proletariado, en calidad de caudillo nacional), lo que determinaría la atenuación de la lucha de clases y la postergación de los postulados propios del proletariado.

Reconociendo que el gobierno militar tenía una "declarada determinación" revolucionaria, lamentó que las masas se encontrasen al margen de dicho proceso y propugnó su incorporación a un movimiento dirigido por el general Ovando, a fin de "garantizar un avance cualitativo (seguramente se quiere insinuar un avance hacia el socialismo, G.L.), que rechace el retorno contrarrevolucionario". Incorporarse al gobierno como su ala izquierda y garantizar así el desarrollo indefinido del proceso democrático hasta desembocar en el socialismo, tal fue la línea política señalada por el PCB.

Ovando en el poder no pudo extirpar de raíz los gérmenes fascistas dentro de las Fuerzas Armadas, que al desarrollarse concluyeron convirtiendo al Presidente de la República en su dócil instrumento. Tal la limitación congénita del nacionalismo castrense de izquierda y que volverá a ponerse en evidencia con Tórres.